



# UNO DE SEIS

**Ángela Fernández-Salineró**

El resonar de unos pasos se escuchaba más allá de aquella cristalera que dividía al mundo real de toda aquella falacia llamada instituto. Y digo falacia porque allí dentro no había nada a lo que aferrarse que no fuese una pila de libros, la suerte o unas ojeras más profundas que el gris de aquella mañana lluviosa.

Todo el mundo sabía que en ese lugar nadie era lo suficientemente valiente como para hablar con todos esos cuerpos vacíos y de mirada triste de lo que había pasado ese día. Ni incluso yo, el pequeño Dani, o como me conocían allí, “El granuja”.

No recuerdo muy bien cómo comenzó aquella historia —tenéis que perdonarme, los años no pasan en balde y la memoria ya no es lo que era—, pero sí sé cómo acabó todo, y no es fácil contarlo teniendo todavía una herida incurable guardada a medio palmo del corazón.

Será mejor que me deje de explicaciones que poco os interesan y vaya al grano, porque eso es lo que queréis, ¿no?

Veinticuatro alumnos apilados en una clase donde apenas cabían quince, compartiendo pupitre y contando los pasos que les quedaban a esos sonoros zapatos

para alcanzar la puerta y ponerse a mandar. No sé si os lo imaginaréis, pero el miedo iba siendo mayor a medida que el movimiento de su cabeza se hacía más lento y se acercaba a cada uno de nosotros. Esa vez, sin apenas yo darme cuenta, sus ojos se posaron sobre los míos; y es entonces cuando supe que yo iba a ser su próxima víctima.

Nos colocó a cinco de nosotros —elegidos al azar— alrededor de su mesa, y en el centro de esta una pistola lo suficientemente real como para que todos pegásemos un bote de la silla y empezásemos a temblar del susto. Hacía ya tiempo que ese hombre había caído en un estado en el que predominaba la locura y partía de esta para hacer de nosotros los protagonistas de sus chiflados juegos.

—¿Veis esto de aquí? —decía mientras empuñaba su dichosa pistola con la mano derecha— ¿Lo veis bien? Pues estad atentos, que será la primera y espero que la última vez que tengáis que contemplar este precioso espectáculo.

»Vuestros compañeros están a punto de jugar con la muerte, y vosotros vais a ser testigos de cómo uno de ellos terminará muriendo. La cuestión es quién.

»Introduciré esta bala en una de las seis recámaras, giraré el tambor y uno a uno vuestros amigos se irán disparando en la sien.

»Vaya, veo el pánico en vuestra cara. Cualquiera diría que no os gusta jugar. ¿Es que acaso no conocéis la ruleta rusa? —Hizo un descanso y segundos más tarde prosiguió indignado— Niños... —Susurró lentamente mientras torcía el gesto.

A saber qué soplo de pensamientos bombardeaban mi mente en ese momento. Mis padres, tal vez. Mis libros. La sensación de descanso. Mi cama. Su lazo rojo enredado en el pelo y volando como si fuese un globo que ansía la libertad. Sí, tal vez fuese eso último lo que se pasó por mi mente antes de que él hablase de nuevo.

—A partir de ahora quiero silencio, y el que no acate mis órdenes ya sabe lo que le espera —reía mientras apuntaba con el arma a sus cabezas, uno a uno— Empecemos.

El primero en coger el revólver y apuntar hacia su cabeza fue Toñín, el pobre lloraba como un bebé recién nacido, buscando el amparo de alguien sabiendo que este no iba a llegar, refugiándose en la idea de que tal vez la bala estaba en cualquier otra recámara y no en la suya. Y apretó obligado. PUM. Uno menos. O uno más, según cómo se mire. Cinco disparos, una bala, un muerto, y yo entre ellos.

María fue la próxima. Su rostro era tal y como lo recordaba, inexpresivo, extraño y hasta quizá detrás de esa apariencia suya también hubiese indicios de tristeza. Nunca

hablaba, se limitaba a asentir y a mirar con cierta vergüenza. Ese día su actitud tampoco cambió. Cerró los ojos y deslizó con miedo el dedo sobre el gatillo.

Ahora ya solo quedábamos tres alumnos y un 25 % de posibilidades de que la bala impactara en mi cabeza.

«No lo pienses —me decía a mí mismo mientras veía cómo otro de mis compañeros intentaba volarse la tapa de los sesos sin éxito alguno».

—Ya queda menos, chicos. No os preocupéis, es sólo un juego. Ssssh. —Y reía tan fuerte que hasta el llanto de esos veinticuatro alumnos se escuchaba pequeñito.

» ¿No queréis ver cómo termina esto? Con lo bonito que es. Esta juventud ya no sabe apreciar el buen arte. Venga, Susanita, es tu turno, deja de lloriquear y ponte seria, que estamos en clase, coño.

Y esta vez Susana ahogó el llanto en ese disparo sordo que la hizo caer al suelo. «Ya está, ya está. —Pensé— Estás vivo».

Todos se levantaron y contemplaron el cuerpo de la chica con atención, sin escuchar los gritos del profesor, sin recordar la advertencia que este minutos antes les había dado. Susana parecía muerta, ¿pero y la sangre? ¿Y por qué su cabeza seguía tan perfecta? Todo eran porqués y nadie encontraba una solución.

—Relajaos, queridos. Cómo se nota que la mujer es el sexo débil. Se dan un sustito, se desmayan y parece que se ha derrumbado el mundo a sus pies. Dejadla ahí, ya se despertará en algún momento. —Se quedó pensativo durante un largo rato hasta que consiguió volver a articular alguna que otra palabra.

»¿Sabéis? Es mi turno. —Y de repente todos nos miramos extrañados, pensando en qué le pasaba a ese hombre, en que si en verdad había montado todo ese juego porque quería morir y no sabía cómo hacerlo. Iba a probar con la suerte, a ver si era él el afortunado y moría de una vez.

—¿Cómo que va usted, señor? —pregunté extrañado.

—¿¡He dicho en algún momento que podía usted hablar, señorito Daniel!? ¡Pues cállese!

—¿Y si le digo que no me fío de usted? ¿Y si ha manipulado el arma para que la bala salga en el sexto disparo y me mate a mí? ¿Y si le digo que lo que intenta es hacerse el

valiente y que conmigo no cuela? —Jamás pensé que todas esas palabras saldrían de mi boca, pero salieron, y aún no sé cómo conseguí mover un solo músculo después de eso.

—¡He dicho que es mi turno, y si yo digo que es mi turno lo es! ¿¡Entendido!?

No hice caso, le ignoré, pensé de nuevo en el lazo, en su lazo, me acordé de su rostro y en ese momento supe que estaba dispuesto a hacerlo, que era lo suficientemente valiente como para pegarme un tiro y burlar a ese 50% que ya me estaba matando.

Entonces analicé rápidamente todo lo que había dicho, sus gestos, su voz; y me di cuenta de que ese disparo no iba a matarme. No había sabido cuidar sus palabras, había hablado más de la cuenta y eso haría que se fastidiase su plan. «Vuestros compañeros están a punto de jugar con la muerte, y vosotros vais a ser testigos de cómo uno de ellos terminará muriendo. La cuestión es quién». Y yo era la cuestión.

Cogí el arma con decisión, la puse sobre mi sien y disparé. PUM. Estaba vivo.

Se quedó boquiabierto, espantado y furioso. Podía notar cómo su respiración iba aumentando a medida que su rostro se enrojecía; y aun así no me dio miedo, tenía un arma entre las manos y podía disparar en cualquier momento; y en vez de eso me limité a decir:

— ¿Y usted, señor, es lo suficientemente valiente como para pegarse un tiro? —Deslicé la pistola sobre la mesa y dejé que se apropiase de ella.

Lo último que recuerdo fue un intenso dolor en el pecho, unos gritos de fondo y la canción de Sabina en mi mente. “Se borraron las pisadas, se apagaron los latidos, y con tanto ruido no se oyó el ruido del mar”. Qué bien describía siempre ese hombre las situaciones en las que me encontraba.

Mis ojos azules se empezaron a cerrar, el latido de mi corazón iba siendo cada vez más débil, y el ruido, ese que describe Joaquín, para mí empezaba a convertirse en paz.

No penséis que ahí se quedó la historia, que aquí me tenéis, viejo, pero aún vivo.

El granuja consiguió librarse de esa paz tan poco deseada y siguió dando guerra alejado del instituto y de ese tan mal recuerdo que se quedó plasmado en su mente; en mi mente.

Y aunque haya quedado esa señal incurable a medio palmo de mi corazón, ya os digo yo que no duele, que se ató fuertemente al lazo más bonito de la ciudad y terminó por casarse con él. Pero esa ya es otra historia que espero contaron algún día no muy lejano.